

XIX

En el país.

Habían trascurrido algunos días desde aquel en que Teresa había ido á Fontaine á ver á su hijo.

La primavera estaba en todo su esplendor.

Los habitantes de la Boca del Lobo estaban reunidos en la cocina cierta noche.

La pobre granja no había tenido nunca aspecto alegre.

El estado de ruina en que se encontraba no era el más á propósito para inspirar ideas halagüeñas; pero después de la partida de los dos hermanos, Guillermo y Juan, y la huida de Teresa, es inútil decir que estaba sumergida en la más desoladora tristeza.

Juan estaba en presidio. Guillermo y Marcelo del otro lado de los mares, en países desconocidos; Teresa, en París, sin duda, desgraciada y abandonada de todos, muerta tal vez de desesperación.

Ni la vergüenza del presidio, ni el alejamiento de sus hermanos eran para el mayor de los Montarón un dolor comparable con el que le causaba la idea de Teresa, entregada al azar que tenía que afrontar.

No era esto todo.

La ruina definitiva, sin remedio, se unía á las otras fatalidades que les agobiaban.

Lo que aquel odioso Barassón había escrito

algunas semanas antes á la condesa de Corbiere, estaba á punto de realizarse.

Carteles que anunciaban la venta de la finca, cubrían las paredes de la casa.

Alguaciles habían ido varias veces á la Boca del Lobo para entregar allí ciertos papeles timbrados muy amenazadores.

La deuda de quince mil francos, contraída poco á poco para los gastos de la educación de Marcelo en Tours y de Teresa en Gien, había cumplido hacía años, pero los acreedores no habían exigido su reembolso hasta entonces.

Cobran los intereses con bastante regularidad, pero ahora se habían coaligado, se negaban á esperar.

La hipoteca era, sin embargo, buena, porque las ciento cincuenta hectáreas de la Boca del Lobo, por malas que fuesen, valían siempre treinta mil francos.

Pero una sorda enemistad debía obrar en la sombra y perjudicar á los Montarón para echarlos del país.

Magdalena y Pedro tenían un nombre en los labios: Barassón.

No se engañaban.

Barassón era el que no perdonaba medio para arrojarlos de allí.

Barassón no salía de los estudios de los abogados y de las notarias.

Desacreditaba á sus pobres vecinos.

Decía que la finca no valía el dinero del préstamo, y que él no daría un sueldo más por ella, pagándola mucho.

¿Y qué hacer?

En vano había solicitado Pedro un plazo.

Se lo habían negado sin compasión.

La situación era, pues, desesperada, y una verdadera consternación reinaba en la granja.

En la cocina, alumbrada por una lámpara de petróleo que pendía del techo, estaba la pobre madre sentada cerca del hogar, medio ciega y sin moverse.

Ocupada en su eterna tarea, hacía media en silencio.

El perro estaba á su lado, acostado sobre sus patas delanteras.

Pedro estaba en la mesa arreglando unas cuentas, y Magdalena, sentada enfrente de él, le contemplaba con cariño.

Evidentemente aquellas dos criaturas, leales, honradas y buenas, no tenían más que una sola alma.

El reloj dió las nueve.

La noche estaba hermosa, las hojas de los olmos y de los álamos permanecían inmóviles.

El llano dormía bajo un cielo profundo, en el que flotaban algunas nubes inciertas del camino que debían tomar, sin un soplo de viento para dirigir las.

El perro volvió la cabeza hacia la puerta; pero no ladró.

—Es el cazador de topes—dijo Pedro á Magdalena.—El pobre viejo se molesta mucho por nosotros.

Se encogió de hombros y dió un suspiro.

—Todo lo que se haga y nada, es la misma cosa. Estamos condenados—dijo.

Se oyeron pasos en el patio, y se abrió la puerta.

El perro se había levantado; pero fué para recibir bien al visitante, y su cola se agitaba en señal de alegría.

El que llegaba era un amigo.

Pedro Montarón no se había equivocado.

El cazador de topes apareció en el umbral con un largo palo en la mano.

—Buenas noches—dijo el viejo.

Magdalena, que también se había levantado, lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Oh!—dijo.—¡Qué alegre parecéis!

El buen hombre contestó:

—Es que lo estoy.

—¿Y por qué?

—Traigo noticias que os van á sorprender. Hubiera querido llegar antes; pero de Romorantin aquí hay muchos pasos que dar, y mis pobres piernas no pueden ya menearse con la ligereza que yo desearía.

Magdalena cogió al anciano la anguarina y el palo y le acercó una silla á la de Pedro.

El anciano se dejó caer en ella diciendo:

—¡Uf! Es bueno poder respirar un momento.

Y, volviéndose hacia Pedro, añadió:

—Lo que tengo que deciros es que podéis dormir tranquilos esta noche.

—¿Cómo?

—Y mañana arrancar los anuncios del pórtico.

—¿Qué decís?

—Que ese infame Barasson no estará contento.

—¿Por qué?

—El creía poder quedarse con la Boca del Lobo, para la bruja de su ama, por un pedazo de pan.

—Y la tendrá—dijo Pedro con resignación.

—No—afirmó el cazador de topos.

—¿Quién podrá impedirlo?

—No seré yo, con seguridad, porque no me quedan cinco francos; pero la venta no se realizará.

La anciana, aunque sorda, había cogido algunas palabras de la conversación de los dos hombres.

La voz del cazador de topos sonaba en su oído como una trompeta, y su alegría era tan visible, que hubiera bastado para llamar la atención de la buena mujer.

—¿Decís?—preguntó aproximándose.

—Digo que han pasado cosas inexplicables. Yo había ido á Romorantin para hacer la última gestión acerca del alguacil, que no sería peor que otro si ese infernal Barasson no le acosara. Y al hablarle del asunto, me dijo: «¿Pero no sabéis nada?—¿De qué?—le pregunté.—Todo ha concluido—me contestó.—Ya no hay más apremios ni más nada. Todo el mundo ha recibido su dinero.»

—¿Han pagado los quince mil francos?—preguntó Pedro.

—Con los intereses y gastos, hasta el último céntimo.

—¿Quién?

—¡Ah! á eso no puedo contestar. Nadie lo sabe. Un desconocido, un parisién. No está sol-

ventada la deuda por vuestra parte, pero tenéis otro acreedor que tendrá más paciencia que los primeros... Esto es todo.

—¿Es posible?

—He ido á casa del notario, quien me ha dado informes. Me ha dicho con mucha complacencia que un señor de París ha venido á traer fondos diciendo que él se hacía cargo del crédito... que no os molestaría... que más tarde, si no podíais pagarle, compraría la finca... que le conviene. No es un regalo lo que os hace, pero os da tiempo para arreglar el asunto en las mejores condiciones posibles. El notario me ha afirmado que le pareció un buen señor, alegre, de buen humor. Es joven. Por lo demás, nadie le conoce. Estuvo poco tiempo en Romorantin. Arregló el asunto en pocas horas y se volvió á París.

—¿Cómo se llama?

—No me acuerdo... Boisselet... Boissard... Boisset ó Boissier... En fin, eso es lo de menos. Llámese como quiera, ¿qué importa? Lo importante es que podéis estar tranquilos por algún tiempo.

El viejo se frotó las manos diciendo:

—¡Cómo va á rabiarse Barasson! Tenía trazado su plan... Iba á arrasar la casa y no dejar más que un rincón de ella para alojar un guarda. La tierra permanecería inculta con sus escasos bosquecillos. No se ocultaba de decirlo á voz en grito. Iba por fin á verse desembarazado de los Montarón. ¿Qué le importaba pagar la granja y no sacar partido alguno de ella? ¡La condesa es rica!... Pero esto no está tan

cercano ya, ni es tan fácil como él creía.

El pobre anciano estaba loco de contento.

La criada estaba más alegre que él.

Se acercó á su amo y le dijo al oído.

—Cuando os digo que es preciso no desconfiar y que esto se arreglará... ¡Ya lo veis! El resto se arreglará lo mismo.

—¡Dios lo quiera!

—Trabajaremos con decisión, el año se presenta bien!

Y volviéndose al cazador de topos:

—En verdad—le dijo— que sois un buen hombre y un buen amigo; pero ¿es seguro lo que decís?

—Tan seguro como que en este momento estamos aquí los cuatro! El notario, un anciano muy serio, no está muy contento. Tiene la clientela del castillo, que es buena, y se pasaban pocos días sin que Barasson fuese á hacerle una visita, no para haceros ningun favor, es probable. El alguacil me lo ha afirmado también y no ignora las ideas de ese bribón. Cazán juntos con frecuencia cuando no están los amos... Pero todo está arreglado.

—¡Un milagro!—dijo sonriendo tristemente Pedro.—En fin, es una suerte—añadió más bajo, mirando á su madre.—La pobre mujer podrá morir en paz en su casa. Cada día está más decaída.

—La pena de sus hijos, y sobre todo de su hija—murmuró Magdalena.—¿No tenéis noticias?—preguntó al anciano.

Las tenía, pero no eran nada buenas y por eso contestó:

—No, ya llegarán.

—¡Y yo que me olvidaba de vos! — exclamó la sirvienta.— Debéis tener hambre. Perdonadme, la alegría me ha hecho olvidarme de todo.

Fué á la alacena y trajo pan y manteca que puso sobre la mesa.

Encendió el fuego, echó en él unas ramas de pino, y en un momento hizo una tortilla.

Después fué á la bodega y trajo una botella de vino.

—Ya no queda casi—dijo;—pero hoy es necesario celebrar la buena noticia. Vamos, reconfortaos, mi bravo huésped. Después de un paseo semejante debéis tener necesidad.

—No mucha, no mucha.

Con la complacencia de las gentes del campo, cuya vida está formada de accidentes sin importancia, explicó que habia encontrado dos ó tres carros de amigos que le habian ofrecido asiento.

Aun quedan buenas almas en el mundo, más que se piensa.

La conversación decayó.

Pedro, Magdalena y la anciana, eran poco habladores, como casi todos los aldeanos.

El cazador de topos comía su tortilla con lentitud y gravedad, á la manera de los rumiantes.

Pedro habia vuelto maquinalmente á ocuparse de sus cuentas; la anciana hacía media; la criada se ocupaba de que no le faltara nada al cazador; y el perro se habia instalado de nuevo en su puesto predilecto, delante del hogar, con la nariz entre la ceniza.

De pronto se irguió, hizo oír un gruñido sordo, y levantándose, se fué á la puerta y comenzó á arañarla.

Pasos más ligeros que los del cazador de topos se sentían en el patio.

En seguida llamaron á la puerta.

Magdalena corrió hacia ella.

Un hombre de mediana estatura, bien vestido, con un abrigo al brazo, entró.

Todos los ojos se volvieron hacia el recién llegado.

El perro vaciló un momento, pero en seguida empezó á hacer manifestaciones de cariño.

Magdalena exclamó con los brazos tendidos hacia la anciana.

—¡Señora, es vuestro hijo!

—¡Mi hijo!

—¡El Sr. Marcelo!

El era en efecto.

La madre estuvo á punto de desmayarse de alegría.

El viajero se lanzó hacia ella y la sostuvo.

—¿Tú?—murmuró la anciana, que no creía á sus ojos.

No cesaba de mirarle. Trataba de adivinar por su cara, por su expresión, si volvía feliz ó desgraciado.

Marcelo se parecía á sus hermanos, ó al menos había entre ellos un aire de familia.

Tenia la misma estatura que ellos, la misma fuerza, casi las mismas facciones, pero eran infinitamente más finas, de más distinción, de mayor gracia en la forma.

Marcelo era el verdadero hidalgo de la familia.

Sus dos hermanos, Juan y Guillermo, tenían el pelo rubio y el rostro tostado por la vida que hacían al aire libre todo el año.

Marcelo tenía el pelo castaño oscuro; era casi moreno, como su hermano Juan.

La madre le abrazó largo rato, y cuando por fin se separó de él, poniéndole las manos sobre los hombros para examinarle mejor, le dijo:

—Estabas triste cuando marchaste, y vuelves lo mismo.

No se engañaba.

En aquella cara había huellas que era imposible no ver.

—¿De dónde vienes?—le preguntó.

—De París.

—¿Y antes?

—De América.

—¿Te has detenido mucho tiempo en París?

—Unos días, pocos.

—¿Por qué no viniste en seguida?

—Un amigo, que encontré por casualidad, me dió noticias... No eran buenas. Teresa...

Vaciló un instante.

Su voz se había alterado al pronunciar este nombre.

—Sí; Teresa nos abandonó—dijo la madre.—Después de lo ocurrido, no quiso quedarse en en el país...

—¿E ignoráis qué es de ella?

—¡Ay de mí!

—Yo he tratado de averiguarlo.

—¿Y has conseguido algo?—preguntó la anciana fijando en él sus ojos inquietos.

—No he podido; imposible encontrarla.

El cazador de topos no pudo disimular un movimiento que atrajo la atención de Marcelo.

—¿Tú sabes algo?—dijo el joven.—Ella te quería... Te habrá escrito tal vez.

—Sí.

—¿Qué te decía?

—Poca cosa... que trataba de buscar una colocación... que esperaba conseguirla... me pedía noticias...

—¿La has contestado?

—Sí.

—¿Luego tú sabes dónde está?

—No. No me lo decía. He dirigido la carta á la lista de correos.

—¿Hace mucho tiempo?

—Unos diez días.

—Entonces es demasiado tarde.

—¿Qué hubieras hecho?

—Aunque hubiera tenido que pasarme días enteros á la puerta del correo, hubiera esperado á que llegara.

—¿Y después?

—La hubiera llevado conmigo.

—¿A dónde?

—A donde voy.

—¿Al extranjero?

—Sí. Pensar que se encuentra sola, obligada á servir á los demás, es una idea que no puedo soportar.

—¡Ella lo ha querido!—dijo la madre.—¡Dios velará por ella! Tal vez un día volvamos á

verla en esta pobre casa, como á tí... Esa esperanza abrigo.

Marcelo se volvió hacia su hermano.

—¿Qué papeles son esos que he visto en las paredes del pórtico?—le preguntó.

—Una prueba de nuestra miseria. Carteles que anuncian la venta de nuestra finca. ¡Nada nos sale bien, mi pobre Marcelo!

El cazador de topos contó lo que aquel mismo día había sabido respecto del asunto.

Habló de la intervención de un desconocido, de la suspensión de procedimientos, etc.

El joven le escuchaba en silencio, y reflexionaba.

El no podía engañarse.

Este pago imprevisto tenía una causa que él comprendía.

Con su viva inteligencia adivinaba una protección misteriosa extendida sobre ellos, una mano amiga que quería permanecer oculta, y en su imaginación encontraba cierta relación entre la carta que recibió en el momento de su partida para América y la salvación que les llegaba en el momento en que iban á zozobrar en la ruina.

¿Pero de dónde venía esta protección? ¿Cómo se llamaba el hada bienhechora que velaba por ellos y obraba en el momento preciso en que el peligro era inminente?

Nunca había podido penetrar este misterio, por más que había pensado en él.

No podía sospechar ni remotamente quién pudiera ser la persona que con tanto interés se cuidaba de él.

Entre sus amigos, y éstos eran numerosos, no encontraba uno que pudiera disponer de un billete de mil francos, ni aunque fuera en favor del ser más querido.

En la ignorancia del origen de aquellas generosidades extrañas, sentía un cariño infinito por aquella incógnita, y en sueños se la figuraba adornada de todas las gracias y de todos los encantos.

Sabía que era una mujer, porque este detalle se lo había revelado ella misma.

Suponía que aquella protección oculta se extendía á Teresa, como á los demás, por que, ¿por qué no la había de proteger también á ella, cuando la protección alcanzaba á sus hermanos?

Su rostro se animó de pronto.

Contó su vuelta de Nueva York á Francia, la travesía con sus incidentes, sus excursiones por París en busca de Teresa, y lo inútil de sus pesquisas.

En vano había ido á ver á todas las personas á quienes ella hubiera podido dirigirse.

No la habían visto en ninguna parte.

—¿Por qué abandonastes América?—le preguntó su hermano.

El eludió la contestación.

No dijo más que, se había apoderado de él un gran aburrimiento; que ganaba poco y no había podido ahorrar más que, escasamente para pagar el pasaje de vuelta y unos cuantos cientos de francos para instalarse.

—¿Y ahora?

Marcelo hizo un gesto de incertidumbre.

No sabía. Tenía una carta de recomendación con la que esperaba ser bien acogido y obtener una colocación.

A fuerza de trabajo se había hecho un verdadero artista: trataba de utilizar los conocimientos que tenía de la música y dar lecciones.

No dijo más.

—¿Y Guillermo?—preguntó.

—Marchó también cuando Juan... Aun no hemos recibido carta de él.

—¿Y Juan?—preguntó en voz baja como si hubiese tenido miedo de pronunciar su nombre.

—Ya sabes—dijo la madre.—El pobrecillo...

No concluyó. Su voz se ahogó y su cabeza se inclinó sobre el pecho.

Pedro dijo con sentimiento:

—Sufrirá mucho porque hechará de menos el país y la libertad con que vivía.

No hicieron alusión alguna á lo que había pasado.

—Le conozco—dijo simplemente Marcelo.—No estará quince días en el presidio. Se fugará.

—¡Dios lo quiera!—suspiró la madre.

—O se hará matar.

—Hablemos de tí—dijo la madre.—¿Vas á abandonarnos de nuevo?

—Es preciso.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Tan pronto! No tendrás valor para eso.

—Me iré temprano. Si me descuido, la plaza

que espero obtener estará dada. Y entonces, ¿qué hacer? Y tengo una súplica que haceros.

—¿Cuál?

—He venido á pie de Cour-Cheverny porque deseo que nadie sepa que he estado en el país.

—¿Qué te importa que lo sepan?

—¡Es una idea!... Hubiera querido ver al cura, y renunció á ello. Es una privación que me impongo. ¡Ha sido bueno para mí! Mañana me pondré en camino antes del amanecer y tomaré el tren... Ya os he abrazado, que era todo lo que deseaba.

—¿Nos escribirás al menos?

—Sí, con una condición, que no se lo direis á nadie. Quiero desaparecer, vivir ignorado, desconocido. Si puedo volveré á sorprenderos, á veros, pero no existiré más que para vosotros... ¿Queda convenido?

—Si tú lo exiges...

—Está en el interés de todos nosotros... Para mí necesito poco. Si consigo esa colocación, aunque no sea muy lucrativa, os ayudaré y será mi dicha. Quiero á Juan como le queremos todos, y sé que ha sido condenado injustamente ó que es disculpable lo que hizo; pero si yo llevo su apellido, el apellido de un presidiario deportado, ¿querrán admitirme en alguna parte y podré ganarme la vida?

Pronunció estas palabras con voz alterada y baja:

—Ya veis—añadió—que es preciso desaparecer y callar. Tal vez llegue un día, la hora de la reparación para nosotros.

La conversación se prolongó hasta muy tarde.

Hablaron de todo lo que les interesaba.

Marcelo contó su vida errante, su estancia en Lima, la herida que recibió por ir al fuego por pasatiempo, por hacer lo que hacían los demás; la suerte que había tenido en encontrar en las casas donde había estado empleado en el Perú y en los Estados Unidos profesores de gran talento; el ahinco con que se había dedicado al estudio, con el deseo de llegar á ser un verdadero artista, y las noches que había pasado en vela dedicado al estudio.

Por fin, y teniendo que madrugar para despedir á Marcelo, se acostaron.

Al día siguiente, á las cuatro de la mañana, estaba dispuesto á partir, y toda la casa estaba en movimiento.

Abrazó á su madre, á su hermano, á la pobre Magdalena, á quien conocía desde que era una niña y á quien quería como á una hermana; abrazó también al cazador de topos, que formaba parte de la familia, y se marchó acompañado de Pedro hasta los bosques de la Ferté Montarón.

Al separarse de su hermano le abrazó con cariño y le dijo:

—¡Tengamos esperanza! Los tiempos mejorarán para nosotros. Cuando tengas noticias de los otros, díles que pienso en ellos, que los quiero...

Y se alejó á paso largo.

Al poco rato se paró y miró á su hermano, que se volvía pensativo, encorvado bajo el pe-

so de sus preocupaciones y de sus penas, más favorecido, sin embargo, que los otros, puesto que podía respirar todavía el aire del país y guarecerse en las ruinas de la casa paterna.

Y bruscamente continuó su marcha hacia lo desconocido que iba á afrontar.

En el bolsillo no llevaba más que unos cientos de francos y una carta de recomendación del señor Santiago Mertens, su profesor de la casa Barker, para el cura de Lucerna, su amigo.

En aquella carta, el señor Mertens, que conocía la historia del desgraciado joven, ensalzaba su mérito al cura, uno de sus antiguos compañeros, y concluía diciéndole:

»No encontrarás jamás un artista tan notable, ni un corazón tan recto y tan leal.

»Ha rehusado millones y la dicha que se le ofrecía por un sentimiento de honor por lo que no sabría yo felicitarle nunca lo que se merece.

»Haz por él lo que pudieras hacer por mí.

»Tu siempre amigo.

»MERTENS.»

La carta contenía también estas líneas:

«¡He hecho fortuna aquí! Pero cuanto siento la ambición que me alejó de nuestras montañas y de nuestros amigos.

»No tengo más que un deseo, ir á pasar una temporada á vuestro lado. Pienso realizarlo pronto. Sería para mí una gran satisfacción

encontrar á tu lado á ese pobre Marcellus, mi discípulo y amigo.

»M...»

De modo que se llamaría Marcellus.

Era su profesor quien por la intimidación que les unía le había bautizado así.

Marcellus simplemente.

¡Qué importaba, puesto que quería vivir desconocido de todos, como los frailes sepultados en la oscuridad de su claustro!

Así reflexionando, marchaba rápidamente á través de los bosques, cuyos numerosos senderos conocía por haberlos recorrido tantas veces cuando niño.

A las cinco llegó á la plazuela que había delante de la iglesia de la Ferté-Montarón, entre el presbiterio, las pocas casas de la aldea y la avenida secular que conducía á la verja monumental del castillo.

En aquel momento aparecía el sol por encima de los árboles del parque y ya se manifestaba un cierto movimiento en los alrededores del castillo y de la iglesia.

El sacristán salía de su casa y se dirigía á la iglesia para tocar el ángelus.

El cura abría la ventana y se inclinaba hacia el exterior, como para respirar el aire de la mañana.

En las dependencias del castillo más cercanas á la plaza que al mismo castillo, que se elevaban al otro lado de la vasta pradera, algunos criados iban y venían con el tranquilo

paso de las gentes á quienes nada corre prisa.

Oculto por el tronco de un olmo secular, Marcelo examinó un instante este espectáculo, que le recordaba su juventud, y cuando el cura se retiró, el sacristán hubo entrado en la iglesia y los criados del castillo en las cuadras, se apresuró á continuar su camino.

Poco después se paró de nuevo. Ante él, por un claro que había en medio de los bosquecillos del parque aparecía de lleno la fachada del castillo á unos cien metros, imponente y soberbia, mientras que el ángelus sonaba enviando á lo lejos las argentinas notas de aquella campana cuyo sonido tanto conocía él.

Un guarda con su escopeta al hombro y la pipa en la boca se dirigía hacia donde él estaba. Marcelo alargó el paso y se internó por un sendero que conducía por un atajo á Saint-Hubert y de allí á la carretera de Blois.

A las nueve estaba en la estación de Cour-Cheverny, donde tomó un billete de tercera para París.

Durante cinco horas anduvo errante por ese París tan difícil de conocer, y cuyos misterios permanecen casi siempre impenetrables.

Hizo nuevos esfuerzos para encontrar á Teresa, á quien se hubiera llevado con él si sus pesquisas hubieran dado un resultado favorable.

Todo fué inútil.

Con el corazón herido y sin esperanza alguna, se fué á la estación de Lyon y tomó un billete para Suiza.

Allí en medio de las montañas era donde iba

á buscar la calma y el silencio que necesitaba.

¿Los encontraría?

Tenía algunas probabilidades.

Contaba con la calurosa recomendación de su profesor y amigo el señor Mertens, al venerable cura de Lucerna, muy artista también.

Sabía que además de la carta de que él era portador, el excelente hombre había escrito otras á su antiguo compañero.

El señor Mertens le había dejado entender que su amigo no podía negarle nada.

Pero otras influencias podían contrabalancear aquella, por potente que fuese.

Así es que iba lleno de ansiedad.

A pesar de las instancias del señor Barker, no había aceptado más que lo que le debían de su sueldo y sus recursos eran muy escasos.

Salió de París por la noche.

Al amanecer del día siguiente estaba á la vista de esos sitios tan queridos por los turistas del mundo entero, montañas azules, picos cubiertos de nieve, lagos sin fin, negros bosques de pinos colgados de los costados de los abismos, verdes pastos en medio de los que andan errantes rebaños con sonoras campanillas.

A las tres de la tarde percibió en el horizonte los campanarios de Lucerna, destacándose sobre uno de los paisajes más espléndidos del universo y las murallas de esa ciudad pacífica, recostada con indolencia á las orillas de un verdadero mar.

Dos horas después llamaban á la puerta de

una casa de aspecto severo y preguntaba á la respetable matrona que salió á abrir:

—¿El señor Muller?

—Sí, señor.

—Traigo una carta para él.

—Entrad.

XX

Muerto y vivo.

Juan Montarón había comprendido, aunque dicho al paso y en medias palabras, el aviso que su hermano le había dado en el puerto de Nouméa.

Era preciso estar preparado para todo.

Lo estaba.

La casualidad y las costumbres de la colonia debían favorecer singularmente la tarea emprendida por el vizconde de Fleuse y su compañero.

En ninguna parte era tan fácil la evasión como en Numea.

Como había dicho el farmacéutico envenenador, para conseguirlo bastaba poseer el nervio de la guerra, dinero y un amigo en libertad que consintiese en ayudarle.

El héroe del drama de la Boca del Lobo tenía las dos cosas.

Además, desde el día de su desembarco, estaba en una situación escepcional. Se lo había llevado el director de Mandu.

Al cabo de quince días, Juan, cuya conducta era excelente, estaba mirado como uno de los mejores obreros de aquella fábrica extraordinaria en la que se reducen á conservas para el ejército innumerables reses vacunas.

Por su docilidad, su disposición y su disciplina había conquistado Juan, desde las prime-